



MOVILIZAR LAS PASIONES: AFECTIVIDAD EN LA OBRA DE CHANTAL MOUFFE

*Mobilizing passions:
affectivity in the work of Chantal Mouffe*

AUTORA

Agustina Victoria Arrigoria

UBA

Cómo citar este artículo:

Arrigoria, A. V. (2024). Movilizar las pasiones: afectividad en la obra de Chantal Mouffe. *Diferencia(s). Revista de teoría social contemporánea*, 19, 59-82.

Artículo

Recibido: 12/11/2024

Aprobado: 09/12/2024

RESUMEN

En el presente trabajo me propongo describir y analizar la inserción de la teoría política de Chantal Mouffe dentro del denominado giro afectivo, al cual la filósofa ha reconocido suscribir, aunque no sin diferencias con otros autores que componen dicho movimiento. La adhesión a este movimiento se dio gracias a su modelo agonista para la democracia que enfatiza la trascendencia de los afectos.

Para indagar sobre el vínculo entre política y afectividad en la obra de Mouffe, distinguiré pasiones de emociones, mostrando la similitud y la diferencia de este enfoque con los de otros pensadores afectivistas, e indagaré el vínculo que las primeras tienen con la política a través de tres ejes que recorren su teoría: el antagonismo, la identificación y el lenguaje.

PALABRAS CLAVE: CHANTAL MOUFFE, PASIONES, AFECTOS, ANTAGONISMO, GIRO AFECTIVO.

ABSTRACT

In this paper, I aim to describe and analyze the insertion of Chantal Mouffe's political theory within the so-called affective turn, a movement to which the philosopher acknowledges subscribing, albeit with differences from other authors in the same movement. Mouffe's adherence to this movement is due to her agonistic model for democracy, which emphasizes the significance of affects.

To investigate the relationship between politics and affectivity in Mouffe's work, I will distinguish between passions and emotions, demonstrating both the similarities and differences of her approach compared to other affectivist thinkers. Furthermore, I will explore how these affective elements are linked to politics through three key axes in her theory: antagonism, identification, and language.

KEYWORDS: CHANTAL MOUFFE, PASSIONS, AFFECTS, ANTAGONISM, AFFECTIVE TURN.

INTRODUCCIÓN

¿La teoría política ha girado nuevamente? Tras el impacto del giro lingüístico, surgido en la segunda mitad del siglo pasado y encargado de desarmar el binomio lenguaje-mundo, surgió el giro afectivo, dedicado a la indagación de los afectos, pasiones o emociones en el ámbito público, entendiéndose éstos tres elementos, en algunos casos, como diferentes y, en otros, como iguales (Macón, 2013: 9).

Chantal Mouffe, una de las pensadoras más relevantes de la disciplina en la época contemporánea, elaboró una teoría política que asigna una importancia crucial a las pasiones a través de su exploración del antagonismo, los límites del consenso, los procesos de identificación de la subjetividad política, la importancia de los significantes, la noción de discurso y su dimensión de la persuasión, entre otras.

A lo largo de su obra, el rol de los afectos ha ido ocupando paulatinamente un lugar cada vez más importante¹: desde el reconocimiento y la valorización del rol de lo inconsciente, el antagonismo, y la persuasión en *Hegemonía y Estrategia Socialista* (Laclau y Mouffe, 2015), hasta la tematización de la importancia afectiva para la teoría y la praxis en *El poder de los afectos en la política* (Mouffe, 2023).

En un artículo titulado *Teoría del discurso, crítica post-hegemónica, y la política de las pasiones de Chantal Mouffe*, Yannis Stavrakakis (2016) desplegó una guía del recorrido intelectual de Chantal Mouffe sobre las pasiones que expondré a continuación como un breve estado del arte. Ya en el año 1993, la autora apelaba a su intuición sobre los afectos, por ejemplo, en *El retorno de lo político* (Mouffe, 2017) utilizó tres veces la categoría “pasión” en relación con la obra de Carl Schmitt y su crítica al liberalismo para mostrar la imposibilidad de reducir la política a la razón. Según el filósofo griego, la crítica de la borradura, de la represión de la afectividad y de las pasiones en el pensamiento político democrático reemergió en el 2000, con *La paradoja democrática* (Mouffe, 2012), donde la autora señaló la necesidad de una sublimación agonística para la democracia, cuya tarea principal no sería eliminar las pasiones de la esfera pública, sino movilizarlas hacia proyectos democráticos. La idea de las pasiones colectivas ha ido cobrando paulatina relevancia en la trayectoria de Mouffe, quién, según cuenta Stavrakakis, dedicó su lectura inaugural en la Universidad de Westminster en mayo de 2002 a este tema en particular: política y pasiones². Adhiriendo al psicoanálisis en general, y a la teoría lacaniana en particular, Mouffe elaboró una dialéctica entre discurso y afectividad plasmada en trabajos subsecuentes como *En torno a lo político* (Mouffe, 2011) y *Agonística* (Mouffe, 2014a): en el primer libro, explicó la dimensión afectiva de las identificaciones colectivas apelando a la

¹ Según Ricci Cernadas (2024: 232), antes de su tematización explícita, los afectos siempre estuvieron presentes en la obra mouffeana de forma implícita y como consecuencia necesaria de sus corolarios contra los enfoques racionales y consensuales de la política.

² Esta misma conferencia ha sido impartida en la Universidad de Valparaíso en el año 2016 y su editorial ha publicado la disertación con un título homónimo (Mouffe, 2016).

dinámica libidinal freudiana y la teorización del goce lacaniano; en el segundo libro, continuó este camino ahondando en la importancia de los lazos libidinales en los procesos de identificación colectiva (Stavrakakis, 2016: 169-170).

No cabe duda de que el protagonismo de las pasiones en la obra de Mouffe exige considerar su teoría al interior del giro afectivo (Arfuch, 2016; Lesgart, 2013; Losiggio, 2017; Macón, 2013; Macón y Solana, 2015), puesto que, aunque su posición resulte poco asimilable a los más renombrados exponentes del género, la propia Chantal (Mouffe, 2014b; 2016; 2023) se ha inscrito como adherente a este giro.

Según ella (Mouffe, 2016: 21), existe un *boom* afectivo en los campos de las ciencias sociales y de las humanidades como consecuencia de haber negado durante muchos años el rol de las pasiones en la política. Esta literatura recoge, para la autora, un conjunto heterogéneo de obras entre las cuales es difícil hallar algo más que un parecido familiar, en términos wittgensteinianos, dado que carecen de elementos en común, gracias a la discrepancia acerca de lo que se entiende por “emociones” y por “afectos”, salvo la ponderación de la dimensión afectiva misma. La familia afectivista descrita por la autora, incluye teóricos influenciados por Deleuze y Guattari, por las neurociencias, y por distintas escuelas constructivistas. Emparentada y diferenciada, en mayor o menor medida, de todos ellos, Mouffe se inscribe en una línea común: la que intenta valorizar y comprender el papel que juegan las pasiones en la política.

Pero ¿cuál es el modo de adscripción de Mouffe al giro afectivo? En principio, es menester aclarar que, frente a autores que distinguen entre afectos, entendidos como sensaciones no-conscientes, y emociones, consideradas como expresiones discursivas, Mouffe no utiliza esta distinción. Macón (2013) explica que los miembros actuales del giro afectivo se insertan dentro de dos corrientes: por un lado, autores como Sara Ahmed utilizan emoción y afecto por igual, por otro lado, autores como Deborah Gould y Brian Massumi distinguen pormenorizadamente estos conceptos; según sostiene, esta distinción no era discutida por teóricas previas como Carol Gilligan y Chantal Mouffe, quienes sostenían una idea de pasión referente a la mera pasividad de las emociones. A diferencia de su interpretación, argumentaré que Mouffe no desconoce la distinción entre afectos y emociones, más bien la desmiente, y que la dimensión afectiva en su obra excede a la consideración de un elemento pasivo.

En primer lugar, sostengo que Mouffe no desconoce la diferencia que otros teóricos asignan a los afectos y a las emociones. Por una parte, la rechaza, y desiste del empleo nominal de ciertos términos por una cuestión significante-pragmática; y por otra parte, su marco teórico, nutrido por el psicoanálisis y por la filosofía de Wittgenstein, le impide pensar al afecto en oposición a la palabra. Para ella (Mouffe, 2014b: 149; 2016: 21), el término “emociones” ha sido vinculado principalmente al individuo, y por eso, cree mejor prescindir de él para teorizar sobre la política, puesto que ésta siempre se ocupa de sujetos e identidades colectivas. A su vez, según la autora, las “pasiones” también pueden ser de naturaleza individual, pero sostiene: “esta

palabra, con sus connotaciones ligeramente más violentas, me parece más adecuada para destacar una dimensión de conflicto y de ese modo sugerir una confrontación entre identidades colectivas, dos aspectos esenciales de la política” (Mouffe, 2016: 21). De esto se deduce que, aunque Mouffe conoce la distinción entre estos términos, elige sólo uno de ellos para teorizar sobre política por motivos pragmáticos.

Dije también que, acorde al marco teórico que abraza, es posible que Mouffe rechace la separación entre el afecto y la palabra, pero de esta cuestión me ocuparé más adelante cuando tematice en detalle su adhesión al psicoanálisis y a la filosofía del lenguaje wittgensteiniana, pilares filosóficos de su teoría del discurso.

En segundo lugar, considero que la dimensión afectiva en la teoría política de Mouffe excede al señalamiento de un simple polo pasivo de emociones. Aunque el origen de la palabra pasiones remita al latín clásico *passio* (sufrimiento) y al griego antiguo *πάσχειν* (*paskhein*, sufrir) y *πάθος* (*pathos*, afecto del ánimo, entre otros), rechazaré la completa determinación del sentido etimológico de la palabra. Al igual que la autora, creo que el significado de las palabras yacen en el uso, por lo que prefiero ajustarme al empleo que ella misma da al término. Aunque no lo define explícitamente, Mouffe entiende las pasiones en relación con su comprensión del antagonismo:

To grasp what I understand by ‘passions’ and how I see their role in politics requires to be acquainted with the theoretical framework that informs my approach and I will start by recalling the main lines of my conception of the political. I will also take the opportunity to dissipate a possible confusion about my understanding of agonism by highlighting the significant differences existing between my approach and some other agonistic theories. This should allow me to bring to light what characterizes my position in the current discussion³ (Mouffe, 2014b: 149).

El antagonismo, dimensión propia de lo político a la que todas las prácticas políticas remiten, revelará, para Mouffe, una comprensión de las pasiones y los afectos en la vida social, por lo que resulta clave el análisis del conflicto en esta área.

Según mi hipótesis, aunque el enfoque mouffeano se distinga del propuesto por muchos otros pensadores afectivistas (que, como señala Mouffe, también difieren ampliamente entre sí), existe un vínculo decisivo entre política y afectividad en la obra de la filósofa belga que, de negarse, desestimaría la potencia de los más ricos planteos y aportes de su teoría. Para demostrarlo, indagaré la relación entre afecto y política a través de tres ejes que cimientan la arquitectura de su teoría política: el antagonismo, la identificación y el discurso.

En el presente trabajo me propongo mostrar la adhesión de Chantal Mouffe al giro afectivo, a través de los aspectos más relevantes de su obra con relación al tópico

³ "Para comprender lo que yo entiendo por ‘pasiones’” y cómo veo su papel en la política es necesario familiarizarse con el marco teórico que informa mi enfoque y comenzaré recordando las líneas principales de mi concepción de lo político. También aprovecharé la oportunidad para disipar una posible confusión sobre mi comprensión del agonismo destacando las diferencias significativas que existen entre mi enfoque y algunas otras teorías agonísticas. Esto debería permitirme sacar a la luz lo que caracteriza mi posición en el debate actual" (Traducción propia).

de las pasiones en política. Esta exposición se organizará en base a tres temas, cada uno con su respectivo marco teórico y las influencias filosóficas que permearon cada tópico desarrollado en la teoría de la autora: en el primer apartado explicaré el rol del conflicto y la idea del antagonismo que Mouffe toma de Carl Schmitt como elemento distintivo de lo político; en el segundo apartado mostraré cómo la teoría psicoanalítica de Freud y Lacan permitió a Mouffe pensar las identidades políticas a través del mecanismo de identificación y el goce como elemento constitutivo de los lazos políticos; y por último, en el tercer apartado expondré su propuesta discursivista de lo social, basada en los juegos de lenguaje de Wittgenstein, y el rol metodológico que la filosofía de este último aporta en la teoría de Mouffe en su embate contra la visión racionalista y consensualista de la política.

1. CONFLICTO, ANTAGONISMO Y AGONISMO

Mouffe esquematiza dos modos opuestos de caracterizar lo político en el campo disciplinario, según lo conciben “como un espacio de libertad y acción común o como un lugar de conflicto y antagonismo” (Mouffe, 2016: 22). El primero, basado en una visión antropológica optimista, hallaría la política en el lugar de la libertad, la razón, el consenso y la cooperación; mientras que el segundo, basado en una antropología pesimista, concebiría la política como una forma de lidiar con el conflicto ineliminable e inherente a lo humano. Esta última, sería la concepción mantenida por la filósofa belga.

Dicha perspectiva se inscribe, según Mouffe, en una corriente teórica inaugurada por Carl Schmitt en *El concepto de lo político* (2009), obra en que se afirma la permanencia del conflicto y su ineliminabilidad señalando la especificidad de lo político en una distinción última a la que puede reconducirse toda acción política, la distinción *amigo-enemigo*.

El aporte de la filosofía del jurista alemán a la teoría mouffeana yace en la posibilidad teórica de alejarse del marxismo tradicional, impugnando la reconciliación humana y el fin de lo político a través de la resolución del conflicto clasista, y de discutir con la filosofía liberal actualmente imperante⁴. Este enfoque, permitirá a Mouffe afirmar que la dimensión antagónica del conflicto político es imposible de superar racional y/o dialécticamente (Mouffe, 2014a: 137). Al respecto, considero que la perspectiva

⁴ Dije que la imposibilidad de resolver el conflicto y su carácter irracional eran dos ideas de Schmitt que servían a Mouffe para discutir contra el marxismo y contra el liberalismo. Por un lado, frente a la ortodoxia marxista que, con su fe en la racionalidad de una historia teleológica, consideró que las contradicciones sociales ancladas en lo económico podrían resolverse apelando a la desalienación y la lucha de los oprimidos en el despliegue de una historia progresiva, el elemento antagonista permite a Mouffe discutir la razón de una supuesta contradicción y mostrar el carácter fundante e irresoluble que el conflicto político tiene en la contingencia histórica. Y por otro lado, frente al liberalismo, Mouffe apeló al *ethos* democrático schmittiano que configura un nosotros diferenciado de un ellos para discutir la visión individual de la perspectiva liberal-agregativa, según la cual los sujetos se moverían en la sociedad de una forma básicamente instrumental; y entronizó la ineliminabilidad del antagonismo contra la idea de establecer un consenso racional por parte de la visión liberal-deliberativa.

schmittiana dota a la teoría de la autora de dos componentes decisivos: por un lado, la imposibilidad de resolución del conflicto político, y por otro, su carácter irracional⁵ (Arrigorria, 2020: 139).

El antagonismo, según Schmitt (2009), no debe entenderse metafórica o simbólicamente, no debe debilitarse en nombre de cuestiones económicas o morales, no debe reducirse a una instancia psicológica, privada o individual, ni se debe tergiversar en términos espirituales: el antagonismo es una relación concreta y existencial. Esta decisión soberana, que Mouffe leerá en términos de *indecidibilidad*, inaugura la irrazón del conflicto político que no podrá resolverse en base a razones, ni a través del consenso.

Inspirándose en dicha caracterización, la filósofa desarrolla el concepto de *agonismo*, que acepta la dimensión antagónica del conflicto, pero busca su domesticación. Si el antagonismo de Schmitt es una relación amigo-enemigo, el agonismo de Mouffe será una relación adversarial *nosotros-ellos*. Esta relación no sólo es compatible con la democracia, sino que, según ella, es condición de su existencia. En tanto vínculo de “consenso conflictivo”, el agonismo se establece sobre una base común en relación con los principios éticos que forman la asociación política, donde las partes expresan dichos valores, como pueden ser la igualdad y la libertad, a través de distintas interpretaciones: “aunque en conflicto, se perciben a sí mismos como pertenecientes a la misma asociación política y participantes de un espacio simbólico común dentro del cual tiene lugar el conflicto” (Mouffe, 2016: 27).

Esta idea, advierte la autora, no debe confundirse con la idea liberal del adversario: aquí, la presencia del antagonismo no puede eliminarse, sino sublimarse y su operatividad no se reduce a una simple competencia sobre un campo político neutral. Contrariamente, este campo, siempre signado de algún modo en particular, es hegemónico en tanto expresa un orden específico, excluye una diferencia y porta una negatividad constitutiva en la que los agonistas confrontan proyectos distintos e incluso opuestos que nunca podrían ser racionalmente reconciliados⁶.

⁵ En este caso, utilizo la palabra “irracional” en el sentido que la propia Chantal Mouffe usa el término para referirse a un tema o un ámbito exento de la resolución en base a razones universalmente válidas. En otros casos, la autora emplea esta palabra para referirse a la indecidibilidad, en sentido derridiano, y a la incalculabilidad de ciertos fenómenos o acciones. Al valerse del marco teórico psicoanalítico, cabe cuestionar a Mouffe si no existe una racionalidad subyacente a aquello que denomina como “irracional”: entiendo que ella estaría de acuerdo con esto pero, al tratarse de una razón compuesta por una trama singular de deseos y creencias relacionadas en cada caso distinto, seguiría utilizando este término para oponerse a la concepción moderna de la razón, aquella que, según Mouffe, ordena el discurso liberal al que busca oponerse.

⁶ Según el enfoque agonístico (Mouffe, 2024), los espacios públicos son siempre plurales y la confrontación agonística entre los grupos participantes se produce en una multiplicidad de superficies discursivas. Aunque no existe un principio de unidad, ni un centro predeterminado para esta diversidad de espacios, siempre hay diversas formas de articulación entre ellos. Esta disputa no sólo ocurre en la política institucional y partidaria, sino también en la politización del arte, la teoría y la vida cotidiana.

La inclusión del elemento conflictivo reconoce el compromiso de las partes, aunque niega el consenso entre ellas: esta relación se da en una sociedad conformada por colectividades que se reconocen mutuamente como habitantes un espacio común a partir de su compromiso con el derecho (Duque Silva, 2013). Lo más importante aquí, es que “no puede haber reconocimiento del pluralismo sin legitimar el conflicto como situación normal” (Villacañas Berlanga, 2019: 11). Así, las pasiones cumplen un rol clave, puesto que, mientras la razón parece limitar, en algún punto, el debate político, las emociones exponen el agonismo político (Macón y Solana, 2015).

La figura del agonismo mouffeano suscita distintas preguntas: en relación con el antagonismo, ¿cuáles son los límites del agonismo democrático? ¿Cuál es el criterio para distinguir una relación antagonista y una agonista? ¿Cómo se subliman las pasiones conflictivas?, y en relación con la noción adversarial, ¿es sólo el carácter ineliminable del conflicto lo que hace a la relación entre agonistas diferente de la relación entre adversarios? Sumo a estos interrogantes la pregunta de Losiggio (2017) quien cuestiona por qué es preciso operar institucionalmente sobre las pasiones, ¿acaso no puede haber una agonística en que las pasiones no se sublimen en identidades colectivas?

Para tematizar la imposibilidad de encontrar un fundamento último de lo político que reconcilie a la sociedad consigo misma, Mouffe retoma la idea de *exterioridad constitutiva*, expresión que, según Henry Staten (1984), utilizó Derrida para indicar que la condición de posibilidad de cualquier identidad política es la afirmación de una diferencia, la determinación de un “otro” como exterior⁷. Esta lógica de exterioridad aplicada a un orden democrático no sólo explicaría los procesos de subjetivación política de un sujeto o una comunidad, sino también la meta de toda empresa política: según Mouffe, esta “no es alcanzar un consenso en el que no haya exclusión -lo que equivaldría a crear un «nosotros» sin un «ellos» correspondiente-, sino construir esa distinción nosotros/ellos de un modo que sea compatible con las instituciones democráticas” (Mouffe, 2016: 22).

En consonancia, Mouffe (2011) toma del jurista alemán las ideas de que no existe inclusión sin exclusión, ni norma sin excepción, y la denuncia a la pretensión liberal de inclusión completa al hablar en nombre de la humanidad. Para él, el término “humanidad” no tiene fundamento porque no señala un “nosotros”, no puede localizarse en una unidad política específica; esta categoría abstracta busca imponer un conjunto de valores universales para ocultar el antagonismo o suspenderlo (Luján Martínez, H. y Lins e Silva, R., 2014: 88). Schmitt mostraría los límites del *demos*, distinguiendo entre

⁷ “Me ha resultado particularmente útil para tal proyecto la noción de “exterioridad constitutiva”, ya que revela lo que está en juego en la constitución de la identidad. Este término fue propuesto por Henry Staten para referirse a una serie de temas desarrollados por Jacques Derrida en torno a nociones como “suplemento”, “huella” y “*différance*”. El objetivo es destacar el hecho de que la creación de una identidad implica el establecimiento de una diferencia, diferencia construida a menudo sobre la base de una jerarquía (...) toda identidad es relacional y que la afirmación de una diferencia es una precondition de la existencia de tal identidad” (Mouffe, 2011, p.22).

los ciudadanos que tienen los mismos derechos, y aquellos que no los tienen porque no forman parte del pueblo: “esa es la razón por la cual declara que el concepto central de democracia no es ‘humanidad’, sino el concepto del ‘pueblo’, y que nunca puede haber una democracia de la humanidad” (Mouffe, 2011b: 65).

“Pensar con Schmitt contra Schmitt” (Mouffe, 2011: 21) es la sentencia utilizada por la filósofa de Charleroi para proponer una exégesis libre (Fraile y Ricci, 2015) del enfoque schmittiano, que rescate la idea del antagonismo como característica fundamental de lo político, la crítica al individualismo y pluralismo liberales, y que realice una interpretación novedosa y personal de la política democrática liberal, distanciándose de Schmitt en su rechazo de esta última (Mouffe, 2011: 21)⁸.

Para Mouffe, el alemán presenta un falso dilema entre la unidad del pueblo, que necesita expulsar la diferencia fuera del *demos*, y cierto pluralismo, que negaría la unidad política. En su opinión, Schmitt prevé la unidad política al tomarla como un *factum* inicial, concreto y estable, cayendo en contradicción: si la disolución política por intrusión del pluralismo fuese posible, debería concluirse que el *demos* no es fijo; si no lo fuera, deberían asumirse las condiciones políticas de su producción. La solución o, mejor dicho, la *disolución* mouffeana a este problema consiste en reconducir los términos políticos, desde su formulación abstracta, a usos concretos: “propongo rechazar el dilema de Schmitt y reconocer, a la vez, su defensa de la necesidad de alguna forma de ‘homogeneidad’ en una democracia” (Mouffe, 2011b: 77).

Propongo llamar más bien ‘elementos en común’; cómo prever una forma de elementos en común con la suficiente fuerza como para instituir un ‘demos’ pero que no obstante sea compatible con ciertas formas de pluralismo: pluralismo religioso, moral y cultural así como un pluralismo de partidos políticos. (...) Lo que necesitamos hacer es precisamente lo que Schmitt no hace: después de haber reconocido que la unidad del pueblo es el resultado de una construcción política, necesitamos explorar todas las posibilidades lógicas que implica una articulación política (Mouffe, 2011b: 78).

Si Schmitt consideraba que la comunidad democrática no podía alojar al pluralismo por atentar contra el principio unificador de un *demos* homogéneo, Mouffe pensará que la pluralidad es tan necesaria e ineliminable como el antagonismo que abre espacio al campo político (Arrigorria, 2020). Esta comunidad política, que formula un “nosotros” plural, excluyendo un “ellos” que conforma una diferencia inaceptable, se delimita en la distinción de un interior y un exterior de un sujeto colectivo formado a través de actos de identificación, que no opera en una esfera de discusión libre, sino a través de una *decisión*. A continuación, en el próximo apartado, expondré esta dimensión identificatoria tan importante para la subjetividad política, según la autora.

⁸ Para Fraile y Ricci Cernadas (2015) Mouffe recupera el pensamiento schmittiano como insumo crítico, pero también como un campo posible de derivas antidemocráticas a superar. En este sentido, pensar "con Schmitt" le sirve para rechazar los aspectos epistemológicos de la Ilustración, a saber, los valores universalistas, individualistas y racionalistas, y pensar "contra" él, le permite recuperar los aspectos políticos de la modernidad como la revolución democrática y los valores de igualdad y libertad.

En conclusión, es a través del elemento antagonista, conflictivo e irracional, que la dimensión afectiva permite a Mouffe posicionarse ventajosamente y argumentar contra la tradición liberal, ya sea frente a la concepción *agregativa*, que concibe la política como un ejercicio de individuos racionales que se guían por sus propios intereses y que actúan en el mundo político de forma instrumental, o frente al paradigma *deliberativo*, que en respuesta al anterior modelo instrumentalista, aspira a vincular la moralidad y la política a través de la acción comunicativa, presentando el debate político como un campo en el que es posible crear un consenso racional y moral mediante la libre discusión. Según dice, el elemento común en ambos es la exclusión de las *pasiones* en la política, “esa dimensión afectiva clave para la identificación colectiva sin la cual es imposible comprender la construcción de las identidades políticas” (Mouffe, 2016: 23-24)⁹.

2. INCONSCIENTE, IDENTIFICACIÓN Y JOUISSANCE

En este apartado disertaré sobre los aportes del psicoanálisis a la obra de Mouffe, escuela que habría dejado huella en su teoría desde su elaboración más temprana. Algunos de los elementos más destacados son: el concepto de *sobredeterminación*, en un tránsito desde su formulación por Freud y la reinterpretación de Althusser, hasta la concepción posmarxista¹⁰; los *registros* lacanianos en la teoría discursiva (Lacan, 2014), donde el antagonismo equivale a lo real y el discurso a lo simbólico; el mecanismo de *identificación* en oposición a la identidad como una realidad *a priori* dada¹¹; la elaboración de *puntos nodales* en el discurso, descritos

⁹ El racionalismo liberal relegaría de modo consciente, según Mouffe, a las pasiones y las creencias en la política, de la que puede inferirse dos implicaciones opuestas: primero, produce formas extremas de individualismo que, al generalizarse, amenazan el tejido social; y segundo, existen individuos que tienden a buscar modos de identificación colectivas fuera de las formas tradicionales de asociación y participación política, dado que las características particularistas que ellos entienden como constitutivas de su identidad no pueden asociarse con concepciones de ciudadanía, poniendo en peligro, muchas veces, el vínculo cívico que debería unir a una asociación democrática (Jones, 2014: 23).

¹⁰ Según Biglieri y Perelló (2012), —quienes explican los usos psicoanalíticos en la obra de Laclau, que bien podríamos aplicar también a muchos usos de la teoría de Mouffe— la idea de la *sobredeterminación* althusseriana, comprendida como una lógica articuladora que no responde al principio de no contradicción, ya guardaría una íntima relación con la concepción del propio Freud, en la cual la metáfora constituye el terreno semántico que domina y desvía el uso del significante de forma que cualquier conexión lexical preestablecida queda desanudada. Según el posmarxismo, la afirmación de Althusser de que no hay nada en lo social que no esté *sobredeterminado* tiene un sentido potencial más profundo del que él desarrolló al combinar este concepto junto con la *determinación* en última instancia por la economía.

¹¹ Para ver en mayor detalle este tema ver el artículo de Zaidan (2023) "Apuntes acerca de la identificación en la teoría de Ernesto Laclau. Un enlace entre teoría política y psicoanálisis en el pensamiento contemporáneo", cuya explicación sobre la obra de Laclau podría iluminar algunos aspectos retomados explícita e implícitamente por Mouffe.

análogamente a la idea lacaniana de *point de capiton*¹²; y la hegemonía como *sutura* de la sociedad imposible.

Aunque el psicoanálisis informa la teoría mouffeana casi desde sus inicios (Laclau y Mouffe, 2015), en sus últimos trabajos sobre populismo (Mouffe, 2018; 2023) incorporó una mayor cantidad de elementos del campo *psi*, como la categoría de *demanda*, impulsora de la *jouissance*, y la lógica de identificación entre pares y con el líder de acuerdo a lo desarrollado por el padre del psicoanálisis en *Psicología de las masas y análisis del yo* (Freud, 2013).

Según Lesgart (2013), la Ilustración creía que el hombre alcanzaría la edad de la razón a través de un proceso de secularización y educación que desterraría los mitos, las creencias injustificadas y las religiones, pero el ingreso de las masas a la política desafió esta fe en la razón y la consideración liberal del hombre como ser racional, capaz de posponer sus pasiones en pos de crear una institución impersonal. Es decir, las masas ponen en jaque la idea de individuo y el comportamiento político racional. Esta consideración, no sólo la tuvieron algunos teóricos políticos, sino también Freud, que además de reemplazar la categoría tradicional de identidad moderna por la idea de identificación, destacó la importancia de la libido en la formación de lazos sociales e identificaciones colectivas.

Freud habría sido fundamental en la reflexión mouffeana sobre los afectos, puesto que su crítica al carácter unificado del sujeto y su afirmación de que “la mente humana está necesariamente sujeta a la división entre dos sistemas” (Mouffe, 2023: 53), uno de ellos inconsciente, es crucial para cuestionar la concepción de sujeto el sujeto racional, transparente y capaz de dar un sentido homogéneo a la totalidad conductual. La filósofa belga recogería también la idea de que la agresividad y la libido pueden tramitarse a través de la identificación, proceso que privilegia una equivalencia en el caso de la formación de la masa a fin de crear un “nosotros”. Su interpretación ampliaría la psicología de las masas freudiana, limitada por la figura del líder o conductor a la hora de sublimar la pulsión, matizándola con la lógica antagonista de Schmitt, para describir el proceso de identificación como oposición a un exterior constitutivo (Lucero, 2018).

Uno de los pilares de la teoría de Mouffe es su concepción antiesencialista de la subjetivación política¹³, que concibe a los sujetos, no desde una identidad estable, sino a partir de un proceso de *identificación*. Según ésta, no existen identidades esenciales que determinen con necesidad y suficiencia a los sujetos, sino tan sólo procesos de subjetivación: éstos se constituyen por una lógica de *exterioridad constitutiva* por la cual

¹² La idea de punto nodal, deudora del *point de capiton* descrito por Lacan (1981), representa la función del significante a partir del cual todo el discurso se irradia y organiza. El capitoné impide que la masa informe de relleno se mueva libremente bajo el tapiz, la analogía lacaniana sirve para mostrar los puntos en que el significado y el significante se anudan. Este punto permite situar retrospectiva y prospectivamente el discurso deteniendo la significación al producir la ilusión de un significado fijo.

¹³ Al respecto, escribí un artículo sobre cómo este enfoque informa la propuesta política feminista de Mouffe en "La propuesta de política feminista antiesencialista hegemónica de Chantal Mouffe" (Arrigorria, 2024).

se determinan diferenciándose de un otro, es decir, todos nos identificamos con referencia a lo que no somos (Low, 2024). En esta explicación, la identidad se construye, permanentemente, a través de un doble movimiento: primero, un descentramiento del sujeto que evita la fijación de un conjunto de posiciones en torno a un punto necesariamente determinado y preconstituido; y luego, la institución de puntos nodales que limitan el flujo del significado por debajo del significante como resultado de la inestabilidad esencial de los agentes (Mouffe, 2017).

Para la filósofa belga, la identidad nunca puede estar completa porque el sujeto, inherentemente dividido, encuentra una falta donde busca plenitud e intenta cubrirla mediante “identificaciones continuas y parciales con objetos en última instancia incompletos”, sin embargo, el carácter parcial e incompleto de este proceso, “no niegan su valor cotidiano para la vida humana y la vida política, salvo que estemos atrapados en alguna forma de utopía racionalista” (Mouffe, 2023: 55). En contraste con la ilusión de la racionalidad, Lacan enseñaría a Mouffe que “no se trata de saber si hablo de mí mismo de manera conforme con lo que soy, sino si cuando hablo de mí, soy el mismo que aquel del que hablo”, puesto que “pienso en lo que soy, allí donde no pienso pensar” (Lacan, 2009b: 484).

Es gracias a Lacan, según la autora, que podemos pensar adecuadamente la identificación, dado que, aunque para Freud este mecanismo refiriera al proceso de subjetivación, el psicoanalista francés desarrollaría mejor esta idea al distinguir los diferentes tipos de identificación imaginaria, simbólica y con un síntoma, y “destacando además el horizonte negativo (alienante) de esas operaciones” (Mouffe, 2023: 55). De este último, recupera también la noción de *jouissance*, cuya interpretación en el campo de la teoría política permitiría abordar la formación de la identificación sociopolítica al sugerir que el apoyo a determinadas identificaciones se enraíza parcialmente en el goce del cuerpo (Mouffe, 2023: 56).

En este esquema, el mecanismo de identificación exterioriza el lazo afectivo con otros: como sucede con los padres, en el vínculo con el líder también opera una suerte de enamoramiento por el cual esta figura se pone en lugar del *yo ideal*. Siguiendo esta premisa, Laclau elabora una explicación sobre el lazo social que luego retomará Mouffe en sus trabajos sobre el populismo: el grupo está “formado por cierto número de individuos que han puesto el mismo y único objeto en el lugar de su yo ideal y en consecuencia se han identificado entre sí en su yo” (Laclau, 2014: 80). A través de su imbricación, la sociedad adquiere características del individuo: la comunidad no se agota en el afecto al líder, sino que incluye algún rasgo positivo compartido entre este y los liderados, de modo que el líder sólo es aceptado si posee rasgos compartidos con quienes supuestamente debería liderar. Así como entre el yo y el yo ideal hay un hiato por el cual la identificación nunca es completa, con el líder siempre hay grados de identificación.

Desde la ontología social propuesta por Lacan, la sociedad, como cualquier identidad, no puede ser el principio explicativo de sus procesos parciales, que ésta se estructure en torno a un núcleo imposible, resistente a la completa simbolización, demuestra la imposibilidad de pensar lo social como un orden cerrado, postulando uno barrado, incompleto y en permanente reconstrucción (Blanco, 2017).

Lo social, un espacio imposible de cerrar, buscará suturarse de forma precaria y nunca permanente a través de la lógica hegemónica: en esta, una parcialidad se arrogará la pretensión de representar a la totalidad, de modo que entre dos discursos antagónicos sólo uno goce de legitimidad. La hegemonía, para Mouffe, se constituye a través de cadenas de equivalencias entre demandas que unen provisionalmente a los grupos a través de un elemento radicalmente nuevo: el *nombre* y/o los *significantes* que movilicen afectos. Explico: en un contexto de contingencia y precariedad, las identificaciones grupales se estabilizan y movilizan el afecto a través de un nombre alrededor del cual congregarse, y las demandas o causas se engrandecen y equivalencian a través de la promoción de significantes que articulen deseos y horizontes compartidos.

Es preciso pensar esta cuestión tal como la señalan Peredo, Sandoval y Stavrakakis (2022): así como existe una dimensión material del significante, existe una dimensión significativa de las prácticas. El lenguaje no se establece únicamente sobre la razón, dado que la significación requiere del afecto, pero a su vez, el afecto no existe por sí solo, con independencia del lenguaje, sino que se constituye a través de la catexia diferencial de una cadena de significación a la que puede llamarse *investidura* (Laclau, 2009). Esta imbricación entre afecto y lenguaje es la que impediría a Mouffe, según mi hipótesis, distinguir entre emociones (discursivas) y afectos (pre-lingüísticos) como otros autores contemporáneos exponentes del giro afectivo, puesto que no habría un afecto que no esté ya mediado por la palabra.

Retomando lo anterior, dice Mouffe sobre la investidura:

La energía libidinal afectiva es maleable y capaz de diferentes investimentos. Es susceptible de ser transferida a una variedad de representaciones diferentes y puede orientarse en múltiples direcciones y producir diversas formas de identificación. Este punto es esencial para entender el funcionamiento de la operación hegemónica (Mouffe, 2023: 54).

Esta operación puede pensarse con la lógica del *objet petit a* lacaniano en la que el todo no puede representarse sin encarnarse en una parte. Partiendo de la hipótesis del desarraigo instintivo, Lacan postularía la hegemonía del significante y la organización simbólica de la subjetividad atravesada por una hiancia en la que se encuentra la pulsión; pero como entre ella y el inconsciente persiste otra hiancia, Lacan introduce el *pequeño objeto a*. En ocasiones, este *objeto parcial* se eleva a la dignidad de la cosa freudiana (*das Ding*), para la teoría lacaniana, el *objeto A*. Pero a diferencia de la cosa freudiana, perdida en los albores pulsionales de la huella mnémica y la superación del

Edipo, el objeto A lacaniano no será un objeto anteriormente perdido, sino que estaría perdido desde el inicio. Por eso, el *objet petit a* representará el obstáculo del deseo en su acceso a la cosa, pero también la única forma de acceso a ella.

En la hegemonía, la imposibilidad de alcanzar la plenitud social, entendida como la cosa siempre ya perdida, inviste a la parte social, el objeto parcial de la política, como representación del todo, del mismo modo en que el psicoanálisis lacaniano eleva el *pequeño objeto a* a la dignidad de la cosa. En la obra de Mouffe, estos objetos parciales que operarían como la parte que representa al todo, nombrarían la cosa o totalidad inalcanzable: el pueblo, la democracia plural y radical, el socialismo.

Como puede verse, el psicoanálisis lacaniano informó en muchos aspectos la teoría de Mouffe, no sólo con la analogía entre el pequeño objeto a y la hegemonía, sino también con la noción de *discurso* y su función *simbólica*. El discurso, como dimensión inconsciente remitida a un Otro que liga la aparición del lenguaje a la dimensión de la verdad (Lacan, 2009b), y su función simbólica, que alterna la acción y el conocimiento como el movimiento en que un hombre hace un objeto de su acción para devolver a ésta su lugar fundador (Lacan, 2009a: 275), han servido a Mouffe para pensar las identidades y la acción política como inscripciones simbólico-discursivas.

Lo simbólico y lo imaginario se constituye socialmente a través de imágenes, jerarquías diferenciales, valores, símbolos, significantes y significaciones, pero también está *lo Real*. Esta última dimensión permanece, paradójicamente, dentro y fuera de los demás registros, y no puede accederse a ella directamente, sino a través de la ruptura en la significación, las anomalías en forma de síntoma, o la falla de representación. Lo Real, desencadena la construcción de nuevas representaciones, por la que siempre intentamos simbolizar esta dimensión con la seguridad de que la perderemos de nuevo, revelando la negatividad, la contingencia, el umbral entre la disrupción y la emergencia de una nueva representación, siempre fallida desde el inicio (Peredo, Sandoval y Stavrakakis, 2022: 79-80).

Siguiendo estas teorizaciones, Mouffe sostiene, sobre todo en sus últimos trabajos, que las prácticas significantes incluyen una dimensión cognitiva o representacional y una dimensión afectiva, de esa manera, la libido que adquiere la significación es lo que le da fuerza: “cuando ocurre esta unión entre ideas y afectos, las ideas adquieren poder” (Mouffe, 2023: 56). Así, su propuesta política discute contra el racionalismo liberal con el afecto como estandarte, promoviendo ideas que no sólo apelen a una argumentación racional que las sostenga, sino al investimento libidinal que tengan, movilizándolo a los sujetos políticos a través de mecanismos de identificación.

3. DISCURSO, JUEGOS DE LENGUAJE, CONTINGENCIA Y PERSUASIÓN

En el presente apartado, realizaré un *racconto* de los elementos discursivos que permiten a Mouffe concebir una política afectiva. Dije, en el contexto de adhesión a la teoría lacaniana, que existía, para Mouffe, una dimensión material del significante y una

dimensión significativa de las prácticas. Dije también que este ensamblaje es lo que obliga a la autora a rechazar la distinción efectuada por otros colegas afectivistas entre el afecto, entendido como una sensación corporal no-consciente, y la emoción, entendida como expresión discursiva. A diferencia de Macón (2013), quien sostiene que Mouffe aún no podía distinguir entre estos elementos porque la discusión nació después de los mayores desarrollos teóricos de su obra, yo creo que esta distinción se impugna en su concepción desde la misma elaboración del concepto de discurso¹⁴, continuador de los *juegos de lenguaje* wittgensteinianos.

La filosofía de Wittgenstein (2009a; 2009b) ha sido sumamente influyente para la obra de Mouffe y para el nacimiento de su teoría posmarxista (Arrigorria, 2023): en la obra fundacional de esta corriente se explicita con claridad que su mayor enseñanza fue comprender que no hay algo así como la “aplicación de una regla” (que ordene el sentido, la historia o las identidades) de modo anterior a su ejecución, puesto que la instancia de la aplicación forma parte de la misma regla (Laclau y Mouffe, 2015: 9)¹⁵. Su comprensión habría permitido deconstruir las categorías centrales del marxismo y discutir contra el esencialismo ontológico e identitario, el determinismo del sentido y la sobredeterminación por la economía, la anterioridad del lenguaje frente a la *praxis* y la concepción de regla como racional, universal y decidible *a priori*. Además, posibilitó la idea de *discurso*, puesto que los *juegos de lenguaje* wittgensteinianos permiten pensar una totalidad inescindible entre el lenguaje y las acciones que se entretajan con él (Guerrero, 2012).

Frente a la postura determinista, que concebiría el significado lingüístico como algo necesario, inmutable y anterior a la historia, el indeterminismo de los juegos de lenguaje mostrarían que el significado de las palabras no es anterior, sino creado a través del uso. El determinismo erraría, según Wittgenstein, en simplificar el lenguaje al no advertir la pluralidad y diversidad funcional de las palabras, y al reducirlo a su función

¹⁴ En este sentido, creo que Leonor Arfuch (2016) mantendría varios puntos de acuerdo con Mouffe: primero, ambas cuestionan la pertinencia para las ciencias sociales de la separación entre lo emocional y lo cognitivo o intencional al cuestionar que existan reacciones afectivas meramente corporales y sin investidura significativa; segundo, ambas niegan la oposición entre discurso, afecto y emoción, puesto que consideran que el lenguaje también es el lugar del afecto. Sin embargo, la autora considera problemático el retorno de lo Real lacaniano, entendiendo como un espacio no-discursivo, presente en teorías disímiles como las de Negri y Hardt, de inspiración spinoziana y deleuziana; las de Laclau y Mouffe, deudoras de la teoría marxista de la hegemonía; y las de los pensadores post-hegemónicos como Scott Lash o Jon Beasley-Murray. Creo que, en parte, el desacuerdo de Arfuch con Mouffe se sostiene en una consideración de lo Real lacaniano que podría ser discutible, pero no es objeto de este trabajo. Sin embargo, quisiera adelantar mi hipótesis: más allá de cuál sea la hermenéutica correcta de la teoría lacaniana, si es que hay una, creo que Mouffe interpreta lo Real desde el anudamiento con el resto de los registros, lo Simbólico y lo Imaginario, y nunca comprende lo Real como un acceso inmediato a la cosa misma.

¹⁵ Al respecto, aclaró Mouffe en una entrevista: “I think it's very important to be able to think in terms of practices because that's where I find the articulation between the universal and the particular made in a much more adequate way. Another instance of applying abstract principles to the particular, one that's very important, is Wittgenstein's analysis of a rule. He says a rule is not an abstract that you apply to a practice; a rule can only exist in its practical implementation. That's what I find to be the best approach to thinking about the articulation between the particular and the universal” (Worsham y Olson, 1999, pp. 168-169).

nominativa, desconociendo cómo los hablantes adquieren el lenguaje de forma significativa, puesto que ignora las acciones que los hablantes llevan a cabo a través del decir. Contrariamente, el indeterminismo revelaría una simultaneidad de usos actuales y posibles del lenguaje que varían en tiempo, lugar, y en el mismo espacio y tiempo pueden tener también una cuota de polemicidad.

Para Wittgenstein, el lenguaje no es una convención, sino una actividad, una práctica o *forma de vida* (Wittgenstein, 2009: 37). La lengua se entrelaza con estas formas porque es moldeada por ellas, pero también las moldea y modifica. La idea del lenguaje como *práctica* muestra su importancia con relación a los procesos sociales y al cambio conceptual, pero también revela el cambio en la forma de hablar, no como *efecto* de las prácticas, sino como prácticas *en sí mismas*.

La imagen esquiva y metafórica de los *juegos* revela la imposibilidad de definir con necesidad y suficiencia el lenguaje: no hay nada en común a los fenómenos a los que asignamos una misma palabra, ellos están emparentadas de formas diferentes (Wittgenstein, 2009). Como el sentido no está ontológicamente determinado, es decir, no hay esencias que fijen la lengua, el discurso tampoco está determinado en el plano semántico. Así, el lenguaje se revela contingente, aunque social y parcialmente reglado.

Siguiendo esta indeterminación ontológica que abre un espacio contingente en la política, en la identidad y la historia, Laclau y Mouffe se desligarán de la pretensión de un acceso inmediato a las cosas, del par esencia-apariencia que dividiría un espacio primario de otro derivado, disolviendo la idea de que el orden social refleje un orden objetivo e inapelable, como podría ser la estructura económica marxista, que en dicho relato funcionaría como la base de un lenguaje epifenoménico y derivado¹⁶. Así nace para el posmarxismo la noción de discurso, definida como totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora (Laclau y Mouffe, 2015). Según Glynos, Howarth, Norval, y Speed (2009), discípulos de Laclau y Mouffe, en una forma microcósmica, lo que Wittgenstein denomina juego de lenguaje, responde a lo que el posmarxismo llama discurso o estructura discursiva¹⁷.

¹⁶ En este punto también encuentro un apoyo para mi hipótesis sobre la indistinción de afectos y emociones. Si el discurso desarma la dicotomía entre una realidad ontológicamente anterior al lenguaje y una estructura lingüística erigida sobre dicha realidad primaria, la dimensión afectiva también mostrará la evanescencia de tal distinción.

¹⁷ Es importante despejar dudas sobre esta idea, y Laclau y Mouffe lo hacen a través de tres aclaraciones: 1. una formación discursiva no se unifica por la coherencia lógica de sus elementos, ni por un sujeto trascendental que unifique la experiencia, sino que, al no formar una totalidad saturada, permite la articulación en un contexto contingente cuya fijación de elementos no es definitiva. 2. la idea de discurso impugna la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas, puesto que, por un lado, todo objeto se constituye como objeto discursivo ya que no puede darse por fuera de sus condiciones de emergencia, y por otro lado, la distinción entre aspectos lingüísticos y prácticos sólo pueden ser diferenciaciones internas a la producción social de sentido estructurada como totalidad discursiva (Laclau y Mouffe, 2015, pp. 144-145). Y 3. las totalidades discursivas no son positividads fijas, sino que se dan a través de lógicas relacionales incompletas y contingentes, donde el tránsito de elementos a momentos nunca se realiza completamente.

Siguiendo a Wittgenstein, la concepción mouffeana sostendrá que el significado de una palabra depende de su contexto, puesto que toda identidad u objeto se constituye en el contexto de una acción y toda acción tiene también un significado discursivo (Giacaglia, 2004). El contexto y la acción, para Mouffe, están emparentados con el antagonismo político y los procesos de identificación, por lo que asociará el discurso con la exterioridad constitutiva que explica el orden parcialmente reglado por el cual se forma una comunidad lingüística: ésta mantiene su unidad en detrimento de un exterior excluido por una frontera de significación que asegura la unidad del discurso interno. En esta perspectiva, el lenguaje es un elemento común, dado que es independiente de la intención subjetiva de hacerlo significar, pero esto no predestina la intersubjetividad al consenso ni incluye la perspectiva de todos los hablantes (Staten, 1984).

Como se verá, la idea de discurso ya incorpora una dimensión en que el lenguaje y las prácticas corporizadas se imbrican se forma ineludible, las razones, la persuasión, las pasiones, el conflicto, y las identificaciones, ya son parte de este entramado que excede al habla o a la escritura, el discurso es mucho más que eso. Sin embargo, la influencia wittgensteiniana excede a la inspiración para alcanzar esta idea, dado que, según Mouffe (2001; 2012), la filosofía de Wittgenstein ofrece útiles intuiciones para mostrar las limitaciones del racionalismo y el universalismo liberal y superarlo a través de la metodología contextual¹⁸ y no-racionalista¹⁹.

Esta filosofía atacaría la concepción racionalista del sujeto al mostrar que éste no es la fuente del significado lingüístico, sino que participa de un mundo codificado por diferentes juegos de lenguaje: comprometidos con un sistema de referencia, las creencias subjetivas funcionan como una forma de vivir y evaluar la propia vida, esta perspectiva implica un reconocimiento de los límites del consenso racional.

Al no existir un punto arquimédico desde el cual evaluar las prácticas, sino que éstas, atravesadas por el lenguaje, son siempre evaluadas por sujetos inmersos y afectados por ellas, Mouffe concluye la imposibilidad fundamentar racionalmente los principios liberal-democráticos so pretexto de que estos serían elegidos por individuos racionales en condiciones idealmente representadas como la del *velo de ignorancia* de

¹⁸ La filosofía de Wittgenstein es contextualista, no sólo por su contenido, cuya comprensión semántica indeterminista reside en el uso contextual de las palabras, sino por su forma, ya sus textos reemplazan la escritura monológica por un diálogo en el cual el significado es algo que se indaga a través de la evocación de los usos de la palabra en distintos lugares y momentos. Mouffe apela al contextualismo wittgensteiniano para problematizar el razonamiento liberal que aborda la comunidad a partir del modelo del diálogo neutral o racional, pretendiendo una extensión universal de sus argumentos.

¹⁹ La filosofía de Wittgenstein no es racionalista porque abandona la pretensión de que el individuo acceda de forma solipsista a algún tipo de razón o significado lingüístico. Para él, los razonamientos, entre otras prácticas sociales, no se adquieren como una regla a la cual hay que seguir de igual manera en todo momento, sino ellos se basan en juicios ya efectuados: “lo que se nos enseña son juicios y sus conexiones con otros juicios”, de modo que se alcanza una “totalidad de juicios” (SC §140), cuyas creencias no son proposiciones aisladas, sino un sistema (SC §141). Este sistema, anterior al individuo, se enseña como parte de un modo de razonar y una caracterización de lo que es racional.

Rawls o la *situación del discurso ideal* de Habermas (Mouffe, 2012: 79)²⁰. Así, las instituciones liberal-democráticas deben considerarse como elementos que definen uno de los tantos juegos políticos de lenguaje posibles.

El discurso, basado en los juegos lingüísticos de Wittgenstein, no se sigue en base a razones, sino a *formas de vida*, decisiones a menudo irracionales e inconscientes sobre las prácticas. Al respecto, Mouffe (2012) recupera un pasaje en que Wittgenstein muestra el desacuerdo lingüístico y la inconmensurabilidad de formas de vida entre los misioneros y los indígenas a los que quieren convertir, puesto que al enfrentarse dos principios irreconciliables, en los cuales los bandos se acusan de locos y herejes: He dicho que «combatiría» al otro -pero, ¿no le daría *razones*? Sin duda; pero, ¿hasta dónde llegaríamos? Más allá de las razones está la *persuasión*. (Wittgenstein, 2009b: 809).

La *persuasión*, en tanto dimensión afectiva del lenguaje, desmiente el paradigma racional del discurso. Comprender el pluralismo, según Mouffe, exige abandonar la ilusión de un consenso racional que permitiría escapar de nuestra forma de vida humana. Esta idea, recuerda a la exhortación wittgensteiniana de abandonar la concepción reificada que supone un super-orden de super-conceptos a través de un embrujo del entendimiento que piensa realidades trascendentes para escapar de los problemas de palabras²¹.

Además de discutir el racionalismo, Mouffe encuentra en la filosofía de Wittgenstein una alternativa política para discutir los procedimientos y su papel en la democracia: entender las reglas como prácticas inseparables de las formas específicas de vida, permite discutir la distinción liberal entre el carácter meramente procedimental y el carácter sustancial de la democracia. Esta concepción de la regla enseñaría a Mouffe (2012) que los procedimientos siempre implican compromisos éticos sustanciales y no pueden operar sin el sustento de un *ethos* común.

Así, la ciudadanía democrática no seguiría una regla racional, sino una identificación afectiva con los valores democráticos mediante juegos políticos determinados, prácticas y discursos: esta identificación compartida no sería un acuerdo sobre significados, sino uno entre *formas de vida*. Mouffe (2012) describe esta unión afectiva como una fusión de voces en torno a una forma común de vida, distanciándose del acuerdo racional habermasiano y mostrando sus límites.

²⁰ Dado, los sujetos lingüísticos seguimos reglas y damos justificaciones racionales desde el interior de una práctica epistémica, para Mouffe, no tiene sentido buscar justificar de forma global, descontextualizada y abstracta estas prácticas, como si existiese un *punctum archimedis* desde el cual juzgarlas. En este sentido, lo que la autora impugna al liberalismo, además de su teorización sobre la política, ejerce una mala comprensión del discurso basada en el individualismo epistémico y lingüístico.

²¹ Wittgenstein critica la metafísica tradicional y su obsesión por la trascendencia al decir "estamos bajo la ilusión de que lo peculiar, lo profundo, lo que es esencial en nuestra investigación reside en que trata de captar la incomparable esencia del lenguaje. Esto es, el orden existente entre los conceptos de proposición, palabra, deducción, de verdad, de experiencia, etcétera. Este orden es un *súper-orden* entre —por así decirlo— *súper-conceptos*" (IF §97).

Mouffe denomina, en varios de sus textos, *gramática de la conducta* a la fidelidad a los principios éticos y políticos que constituyen la democracia moderna: la *libertad* y la *igualdad*. Al estar abiertos a distintos usos e interpretaciones en competencia, estos principios muestran la imposibilidad de una comunidad política cerrada o completamente inclusiva (Guerrero, 2012). Esta gramática libertaria e igualitaria, no sólo está tematizada en sus escritos sobre democracia plural y radical, sino también en sus trabajos sobre populismo, donde la posibilidad de identificarse con un pueblo supone a los sujetos estar inscriptos en otras relaciones sociales con sus subjetividades específicas (Mouffe, 2018).

En un texto que vincula el pensamiento de Wittgenstein con el conflicto, las pasiones y el cambio gramatical, y puede ayudarnos a pensar su inclusión teórica por parte de Mouffe, Macón (2006) destaca tres ejes que pueden guiar la investigación sobre los usos del wittgensteinianismo en la política: 1. concebir las emociones en el cambio gramatical como fuerzas contingentes que juegan un rol en lo político; 2. preguntarse por la relación entre cambio político y cambio conceptual; y 3. vincular la conflictividad y la incompletitud lingüística como características de lo político.

En su último trabajo (Mouffe, 2023), la autora belga vincula el carácter afectivo de la gramática, no sólo a Wittgenstein, sino también a Spinoza, desdoblado lo discursivo en afecto y afección. Así, con el término discurso, Mouffe señala una práctica en la que la acción y el significado se imbrican inextricablemente, una práctica que puede estimular el deseo y conducir a acciones específicas (Ricci Cernadas, 2024).

CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo intenté mostrar y analizar la inserción de Chantal Mouffe en el llamado giro afectivo a través de la elaboración de una teoría política que otorga un rol central a los afectos mediante ideas como el antagonismo, los límites del consenso, los mecanismos de identificación, los significantes lingüísticos, la noción de discurso y su dimensión persuasiva. Para esto organicé el trabajo sobre tres ejes que, a mi juicio, recorren el trayecto afectivo en su teoría: el antagonismo, la identificación y el discurso.

En el primer apartado diserté sobre la ineludibilidad del conflicto en la política, desde la influencia del antagonismo de Carl Schmitt, hasta la elaboración del agonismo de Mouffe. Pensando “con Schmitt contra Schmitt” la autora recupera críticamente la interminabilidad del conflicto político y su carácter irracional, para establecer una teoría que acepte la dimensión antagónica y pasional de la política, pero busque su domesticación democrática.

En el segundo apartado expuse los mecanismos de identificación política y la *jouissance* de los lazos sociales tal como Mouffe lo hace siguiendo al psicoanálisis. Desde una perspectiva antiesencialista, Mouffe recuperó el enfoque de Freud y Lacan para mostrar la opacidad de los sujetos y los procesos de subjetivación política,

cuestionando la concepción liberal que propone un sujeto racional, transparente y capaz de dar un sentido homogéneo a la totalidad conductual, y adhiriendo a una explicación libidinal para explicar el lazo social y la operación hegemónica en términos de goce.

Por último, en el tercer apartado mostré cómo el discurso, con su imbricación de palabra, materialidad y afecto, permite mostrar las limitaciones del racionalismo político y superarlo. Esta idea, inspirada en el indeterminismo semántico y en los juegos de lenguaje de Wittgenstein, no es el único aporte del filósofo vienés que Mouffe toma para su teoría, sino también la dimensión contextual y no-racional del lenguaje, puesto que su teoría problematizaría la idea de diálogo neutral y racional para alcanzar un consenso y revelaría la identificación con los discursos y las formas de ciudadanía, no a través de argumentos o reglas, sino de su inserción en diversas formas de vida.

La hipótesis principal que guió este trabajo es que, aunque el enfoque de Mouffe se distinga del propuesto por otros pensadores afectivistas, existe un vínculo crucial entre política y afectividad en la obra de la filósofa belga que, de negarse, desestimaría la fuerza de su teoría.

Otras hipótesis que busqué corroborar son: que Mouffe no distingue teóricamente los afectos de las emociones; que, por razones pragmáticas, adhiere al término “pasiones”; y que su consideración sobre ellas no remite a la mera pasividad afectiva, a un dejarse afectar. Al respecto, busqué contrastar la tesis de Macón (2013), quien ubica la obra de Mouffe con antelación a la discusión sobre la distinción entre afectos y emociones y reduce su dimensión afectiva a la pasividad.

Al respecto, intenté demostrar que Mouffe no distingue entre afectos y emociones, no porque no conozca esta distinción, sino porque para ella, las pasiones y el lenguaje tienen un vínculo indisociable que opera en la política a través del discurso, la identificación subjetiva y el conflicto antagonista. Además, explicité su decisión pragmática de utilizar el término “pasiones”, por sus connotaciones violentas, para enfatizar la agresividad de las relaciones humanas y para alejarse del vocabulario asociado al individualismo emocional. Finalmente, también busqué defender la idea de que las pasiones no se reducen a la dimensión pasiva de la afectividad, sino que también tienen positividad, producción, y utilidad.



REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alemán, Jorge (2009). *Para una izquierda lacaniana... Intervenciones y textos*. Grama.
- Arfuch, L. (2016). El "giro afectivo". Emociones, subjetividad y política. *deSignis Federación Latinoamericana de Semiótica*, 24, 245-254.
- Arrigorria, A. (2020). La influencia de Carl Schmitt en la obra de Chantal Mouffe. *Avatares filosóficos*, (7), 138-148.
- Arrigorria, A. (2023). Las Investigaciones Filosóficas y el posmarxismo: usos de la filosofía de Wittgenstein en la obra de Laclau y Mouffe. *El banquete de los dioses*, (12), 294-325.
- Arrigorria, A. (2024). La propuesta de política feminista antiesencialista hegemónica de Chantal Mouffe. *Cuestiones de Género*, (19), 606-624.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2012). *Los usos del psicoanálisis en la teoría de la hegemonía de Ernesto Laclau*. Grama ediciones.
- Blanco, A. B. (2017). Hacia una teoría social lacaniana. Las relecturas contemporáneas de Jacques Lacan para un pensamiento de lo social. *Miríada*, (13) 171-191.
- Duque Silva, G. (2013). ¿Paradoja o contradicción? La interpretación de Chantal Mouffe al concepto de lo político de Carl Schmitt. *Revista Facultad de Derecho y Ciencias Políticas*, 43 (119), 801-818.
- Fraile, N. y Ricci Cernadas, G. (2015). Chantal Mouffe y el proyecto de la modernidad: pensar con y contra Carl Schmitt. *Nuevo Itinerario*, (10), 1-26.
- Freud, S. (2013). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras completas: volumen 19* (pp. 2563-2610). Siglo XXI editores.
- Giacaglia, M. (2005). Ch. Mouffe y E. Laclau: una lectura de los aportes de Ludwig Wittgenstein para pensar la idea de democracia radical y plural. *Tópicos. Revista de Filosofía de Santa Fe*, (12), 125-136.
- Glynos, J., Howarth, D., Norval, A., y Speed, E. (2009). *Discourse Analysis: Varieties and Methods*. Discourse Analysis Network, NCRM Networks for Methodological Innovation (NMI).
- Guerrero, M. (2012) "Pensar lo social desde los "juegos de lenguaje" como posibilidad de la democracia: el momento *wittgensteiniano* en el pensamiento social y político de Ernesto Laclau y Chantal Mouffe", en *Revista Trabajo Social*, 81, 7-20
- Jones, M. (2014). Chantal Mouffe's Agonistic Project: Passions and Participation. *Parallax*, 20 (2), 14-30.
- Lacan, J. (1981). *El seminario de Jacques Lacan libro 3: las psicosis*. Paidós.
- Lacan, J. (2009a). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En *Escritos 1* (pp. 231-309). Siglo XXI editores.
- Lacan, J. (2009b). La instancia de la letra en el inconsciente, o la razón desde Freud. En *Escritos 1*, (pp. 461-495). Siglo XXI editores.

- Lacan, J. (2014). Lo simbólico, lo imaginario y lo real. En *De los nombres del padre* (pp. 11-64). Paidós.
- Laclau, E. (2014). *La razón populista*, trad. de S. Laclau. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (2015) [1985]. *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Lesgart, C. (2013). Democratización de la democracia: el conflicto y las pasiones. *Estudios*, (29), 13-24.
- Losiggio, D. (2017). La política desde el *affective turn*: el rescate de las pasiones. En A. Abramowski y S. Canevaro (Comps.). *Pensar los afectos. Aproximaciones desde las ciencias sociales y las humanidades* (pp. 49-58). Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Low, R. (2024). The Power, Passions, and Perils of Identity: On Chantal Mouffe. En R. Low y S. Egan y A. Bell (Eds). *Using Social Theory in Higher Education* (pp. 105-118). Palgrave Macmillan.
- Luján Martínez, H. y Lins e Silva, R. (2014). De enemigos a adversarios: la transformación del concepto de “lo político” de Carl Schmitt por Chantal Mouffe. *Andamios. Revista de Investigación Social*, 11 (24), 83-102.
- Macón, C. (2006). Pasiones, cambio político y conflictividad esencial: ¿hacia una esfera pública contingente?. En F. Penelas y G. Satne (Comps.) *Gramáticas, juegos y silencio. Discusiones en torno a Wittgenstein*. Grama.
- Macón, C. (2013). Sentimus ergo sumus. El surgimiento del “giro afectivo” y su impacto sobre la filosofía, en política. *Revista Latinoamericana de Filosofía Política*, 6 (2), 1-32.
- Macón, C. y Solana, M. (Eds.). (2015). *Pretérito indefinido. Afectos y emociones en las aproximaciones al pasado*. Título.
- Mouffe, C. (1995). Post-Marxism: democracy and identity. *Environment and Planning D: Society and Space*, 13, 259-265.
- Mouffe, C. (1999). Deliberative Democracy or Agonistic Pluralism?. *Social Research*, 66 (3), 745-758.
- Mouffe, C. (2001). Wittgenstein and the ethos of democracy. En L. Nagl y C. Mouffe (Eds.). (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction* (pp. 131-138). Peter Lang.
- Mouffe, C. (2011a). *En torno a lo político*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.
- Mouffe, C. (2011b). Carl Schmitt y la paradoja de la democracia liberal . En *El desafío de Carl Schmitt* (pp. 61-80). Prometeo.
- Mouffe, C. (2012). Wittgenstein, la teoría política y la democracia. En *La paradoja democrática. El peligro del consenso en la política contemporánea* (pp. 73-91). Gedisa.
- Mouffe, C. (2014a). *Agonística. Pensar el mundo políticamente*. Fondo de Cultura Económica de Argentina.

- Mouffe, C. (2014b). By Way of a PostScript. *Parallax*, 20 (2), 149–157.
- Mouffe, C. (2016). *Política y pasiones. El papel de los afectos en la perspectiva agonista*. Editorial UV de la Universidad de Valparaíso.
- Mouffe, C. (2017). *El retorno de lo político. Comunidad, ciudadanía, pluralismo y democracia radical*. Paidós.
- Mouffe, C. (2018). *Por un populismo de izquierda*. Siglo veintiuno editores.
- Mouffe, C. (2023). *El poder de los afectos en la política. Hacia una revolución democrática y verde*. Siglo Veintiuno Editores.
- Mouffe, C. (2024). How to Envisage the Political Dimension of Architecture. En J. Bedford (Ed.). *How is architecture political? Engaging Chantal Mouffe* (pp. 31-56). Bloomsbury.
- Nagl, L. y Mouffe, C. (Eds.). (2001). *The Legacy of Wittgenstein: pragmatism or deconstruction*. Peter Lang.
- Peredo, S., Sandoval, C. y Stavrakakis, Y. (2022). Sobre deconstrucción, teoría del discurso y psicoanálisis: dentro, afuera y “nuevo(s)” materialismo(s). Una conversación con Yannis Stavrakakis. *Cuadernos de Teoría Social*, 8 (15), 73-98.
- Ricci Cernadas, G. (2024). Chantal Mouffe y el populismo de izquierda. Una discusión en torno al populismo, los afectos y Spinoza. *Colección*, 35 (1), 219-253.
- Schmitt, C. (2009). *El concepto de lo político*. Alianza editorial.
- Staten, H. (1984). *Wittgenstein and Derrida*. University of Nebraska Press.
- Stavrakakis, Y. (2007). *The lacanian left. Psychoanalysis, theory, politics*. Edinburgh University Press Ltd.
- Stavrakakis, Y. (2016). Teoría del discurso, crítica post-hegemónica, y la política de las pasiones de Chantal Mouffe. *Revista de la Academia*, 22, 152-174.
- Stavrakakis, Y. (2020). *El goce político. Discurso, psicoanálisis y populismo*. Pluriverso Ediciones.
- Villacañas Berlanga, J. L. (2019). Chantal Mouffe y la superación de Carl Schmitt. Pensamiento al margen. *Revista digital*, (10), 1-27.
- Wittgenstein, L. (2009a). *Investigaciones filosóficas*. Gredos.
- Wittgenstein, L. (2009b). Sobre la certeza. En *Wittgenstein 1* (pp. 635-827). Gredos.
- Worsham, L. y Olson, G. (1999). Rethinking Political Community: Chantal Mouffe's Liberal Socialism (entrevista con Chantal Mouffe). *JAC*, 19 (2), 163-199.
- Zaidan, L. (2023). Apuntes acerca de la identificación en la teoría de Ernesto Laclau. Un enlace entre teoría política y psicoanálisis en el pensamiento contemporáneo. *Revista de Filosofía (La Plata)*, 53 (1).

SOBRE LA AUTORA

Agustina Victoria Arrigoria

agus.arrigoria@gmail.com

Licenciada y Profesora de Educación Media y Superior en Filosofía (Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires) y actual maestranda en Teoría Política y Social (Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires). Forma parte del Grupo de Estudios en Subjetivación y Orden Político (GeOP) coordinado por el Dr. Ricardo Laleff Illieff y radicado en el Instituto de Investigaciones Gino Germani.